

Agradezco estar hoy en El Colegio de México para honrar la memoria del Profesor Segovia. Tuve el privilegio de conocerlo hace treinta y cuatro años cuando, junto con los profesores Janetti y Gil Villegas, me entrevistó para ingresar a la licenciatura. Desde ese primer momento, encontré en Segovia al maestro generoso y accesible, sorprendentemente sencillo, talentoso y culto, sabio incluso.

Pude admirar su inteligencia aguda, su sentido del humor y su ironía, la profundidad y sofisticación de sus reflexiones, su claridad analítica, la precisión de su mirada sobre la realidad, la importancia que le daba siempre a las ideas y su repulsa franca, su sincero aburrimiento, frente al dogmatismo político y los fanatismos.

Descubrí también, al mentor, al hombre dispuesto a formar, a educar, a entusiasmar. Ello, en tanto me explicaba con paciencia, algunas de las respuestas a las preguntas que entonces me formuló y para las cuales tuve como respuestas varios, reticentes: no sé.

Así, desde entonces, la prístina evidencia de mi ignorancia se tradujo en la posibilidad extraordinaria de aprenderle a Rafael Segovia en cada interacción, en cada clase, en cada diálogo, en cada conversación.

Segovia entendió siempre la naturaleza diversa de las vocaciones de sus estudiantes y supo alentarlas e impulsarlas, pues además de cursos inolvidables sobre la historia de Europa y sobre el sistema político mexicano, fue un generoso director de tesis que hizo de este proceso un fecundo ejercicio de intercambio asimétrico de ideas.

Me respaldó siempre, sin ambages, tanto para mi formación académica más allá de El Colegio; como en mis pasos iniciales, entusiastas pero torpes, en el servicio público y en la política. Incluso para el regaño, no me escape de ninguno, era generoso y sabía escuchar los alegatos de descargo.

Compartí con Segovia, me deslumbraba incluso, su pasión por la política. La política como actividad vital y como objeto de estudio. La política como el mecanismo extraordinario para procesar las diferencias y las demandas encontradas de los actores sociales y los intereses que aglutinan.

Me intrigó siempre su apuesta por el reformismo, su convicción sobre la absoluta necesidad del Estado, y su certeza sobre la importancia de las instituciones, así como el rol de la política en la vida social y la necesidad, a pesar de todo, de los políticos para dar cauce y agregar las demandas sociales a través de los partidos, otro de sus objetos favoritos de interés.



Considero que la cosmovisión de Segovia sobre el fenómeno político surge de una aproximación biográfica que la propia realidad le impuso cuando niño, sin apelar a su voluntad o a sus sueños.

Segovia era un niño cuando, tras la derrota militar de los republicanos en España frente al movimiento que encabezó Franco, la familia tomó la decisión de desterrarse para tomar distancia frente a la persecución y los estropicios que el movimiento franquista llevaba a cabo contra todo aquél que percibió como enemigo de su causa, y en tanto regresaba la civilidad.

Se trasladaron a Francia en donde pronto se encontraron con la guerra y la lucha contra los Nazis y donde la violencia y las dificultades los llevaron a Marruecos, y de ahí a México.

Así, con apenas 10 u 11 años, Segovia había sido ya testigo de una Guerra civil y una Guerra mundial. Sabía de primera mano, sobre la muerte y la destrucción, sobre los costos, la tragedia que implicó el desgarramiento causado; ya fuese por la lucha interna o por el conflicto internacional.



Observó con la lucidez que lo caracterizó siempre, los efectos devastadores de estos conflictos sobre el tejido social y los proyectos

de vida de familias e individuos, del grave peligro que la intolerancia y el fanatismo constituían sobre las libertades y sobre la vida cotidiana de las personas, y tuvo conciencia en el tiempo, de que los cambios que dichos conflictos producen no son efímeros ni pasajeros y que trastocan por siempre a las sociedades en que tienen lugar, como lo probó el hecho de que su llegada a México no fue para un exilio temporal sino el abrazo permanente de un nuevo futuro.

Segovia vio cómo el gobierno de La República española dio lugar a un país escindido, enfrentado, donde por un lado estaba un movimiento restaurador, de convocatoria amplia y bordes ideológicos difusos, pero profundamente conservador y excluyente que definía a todo aquel español que disintiera, como enemigo de Dios y de España, que no es poca enemistad. Por el otro lado, estaba el Partido Comunista Español que también recurrió a acciones de gran violencia para impulsar su modelo radical. Se trataba de dos visiones excluyentes que dejaban sin derecho a coexistir al enemigo pues la categoría de adversario político fue abolida muy pronto.

La vida en Francia ocupada le mostró la importancia de la democracia y de las libertades y una vez más la necesidad del Estado para hacer frente a los adversarios autoritarios que imponían su voluntad a los franceses con la ocupación.

En este escenario resultaban evidentes las insuficiencias de un Estado débil, el de los republicanos que nunca pudo garantizar el

monopolio de la violencia legítima, y el de Vichy en Francia, donde no pudieron hacer frente al enemigo externo y la defensa de la Nación recayó en un puñado de ciudadanos.

Este fue un contexto, donde la política fue central en la vida de Segovia, y a su llegada a México da seguimiento puntual a la evolución de los hechos en España y en Europa, al tiempo que se inserta en la vida mexicana.



Poco a poco, el joven europeo descubre un México joven, pujante, en el que se hablaba de unidad nacional primero y luego de modernización. La política mexicana era diametralmente distinta a la que pudo observar en su experiencia trasatlántica, pero con algunos paralelismos relevantes y un sistema de semáforos, adquiridos en Europa, que le sirvieron de faro en su nueva tierra.

Era un México que apostaba por construir instituciones democráticas, con elecciones y un incipiente sistema de partidos. Un México que buscaba encauzar el conflicto social y agregar intereses precisamente a través del reconocimiento de la pluralidad de la sociedad, pero donde se aglutinaban los intereses en un partido dominante y a los extremos existían una derecha conservadora y una izquierda ideológica y dogmática.

Así, Segovia se encuentra de nuevo en una realidad donde la política importa, es un extraordinario objeto de estudio, al que es necesario observar, analizar y entender con objetividad y seriedad.



Al mismo tiempo, la política es un mecanismo generoso y útil que parte de reconocer al poder como eje de la actividad política, como detonante de procesos sociales y de autoridad, y como la posibilidad de introducir reformas por conducto de las instituciones, donde el Estado tenía la responsabilidad de encauzar el conflicto y las demandas sociales e impulsar un reformismo incluyente.

Señoras y señores:

La apuesta de Segovia siempre fue por la fuerza de las ideas y el valor del conocimiento. Supo ver, en la realidad social y en los tiempos de la historia, la importancia de la política, la necesidad de la política y el deber de impulsarla como alternativa a la polarización, a la confrontación, al desmembramiento y a la intolerancia.

Segovia supo hacer de una realidad adversa como la de su infancia y juventud, crisol para la creación intelectual y la difusión de las ideas y del conocimiento.

Finalmente, siempre habré de agradecer el honor y el privilegio de haber sido alumno de Rafael Segovia y de haber tenido en él a un mentor excepcional cuyo ejemplo me compromete siempre.

Gracias Profesor.

Muchas gracias.